

GONZALO DE CORDOBA

Aclaración necesaria

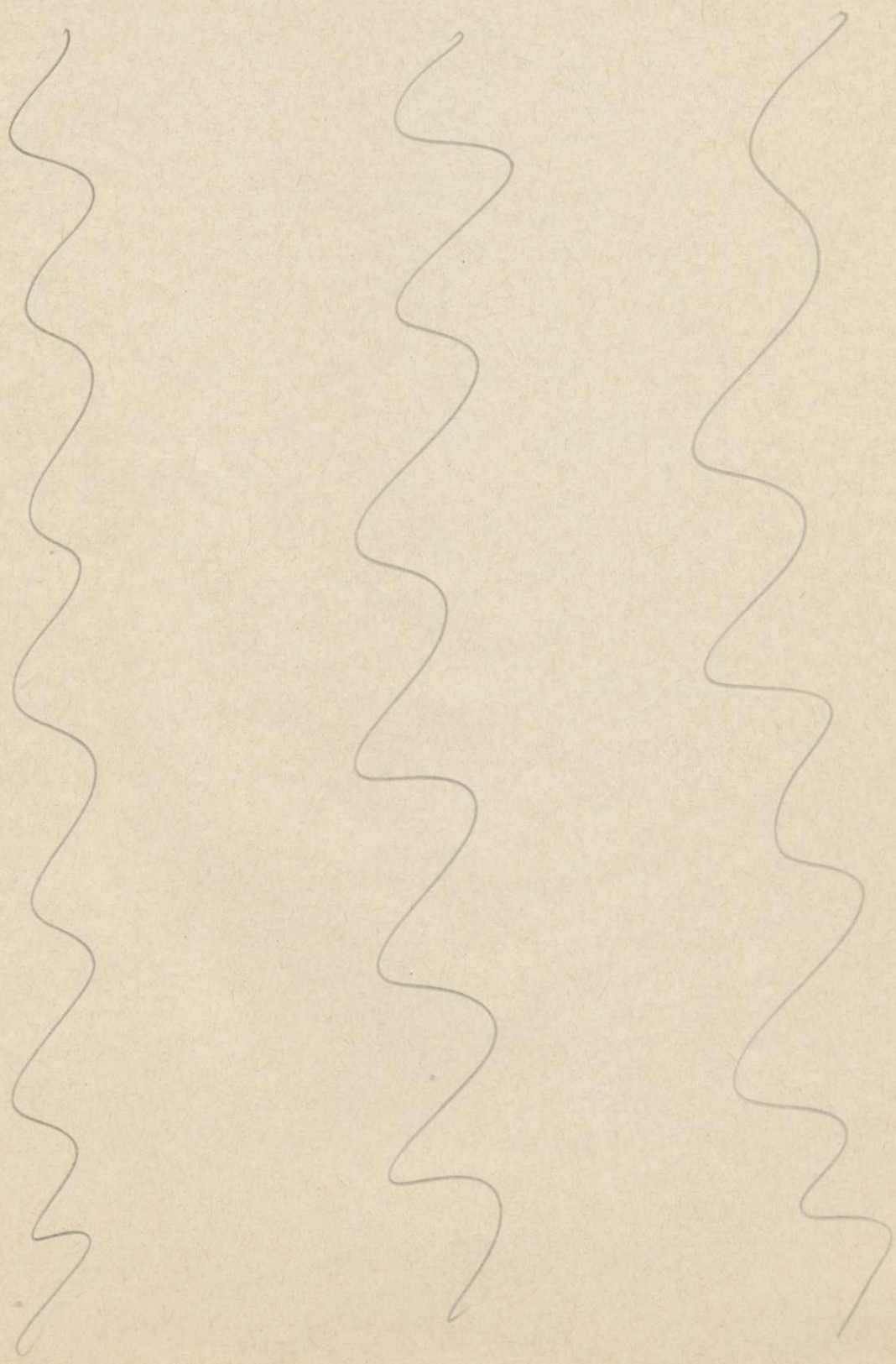
Los tres textos que en seguida ofrecemos al lector estaban destinados a servir de prólogo, intermedio y epílogo de un retrato alegórico de Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, que no llegó a terminar. Gonzalo nació en 1453, en el castillo de Montilla, tierra fronteriza entonces, en la campiña bética, a unas leguas de Córdoba, y donde, según algunos historiadores, estuvo situada Munda, lugar de la famosa batalla del mismo nombre en la que César derrotó a los hijos de Pompeyo. Pertenece a la casa de Aguilar y era segundón. El primogénito y mayorazgo era su hermano don Alonso de Aguilar, que murió en Sierra Bermeja, en el macizo montañoso de Ronda, peleando con los moros, con aquellos que, como dijo el poeta Villalón de los que se guardaron en las islas del Guadalquivir, "no se querían ir". A los quince años, entra a servir Gonzalo en la corte rebelde de Castilla como paje del infante don Alonso que había levantado facción contra su hermano el rey Enrique IV el Impotente. Muere luego, en forma sospechosa, el infante don Alonso, y la pretensión regia pasa a doña Isabel, hermana de ambos. Gonzalo se agoge entonces a la nueva corte rebelde, que se halla en Segovia, y allí se distingue en justas y torneos, como consumado caballero, y se atrae la amistad y las simpatías de doña Isabel hasta tal punto que ha habido autores que se han preguntado si estas relaciones cordiales del segundón andaluz y la princesa no serían algo más que un simple afecto cortesano. En 1495, siendo hombre maduro, y cuando ya reinaban conjuntamente los católicos Isabel y Fernando, Gonzalo, por mandato de éstos, marcha a Italia y realiza su primera campaña de Nápoles, en donde se revela como un gran jefe militar y un notable político. Llama-

ingrat
ativa

do insistentemente por el rey, regresa a España con sus tropas en 1498, y en la Península toma parte en la guerra contra los moros y se ocupa de algunos otros asuntos importantes. Los Reyes Católicos, nada tranquilos ante la situación creada en Italia con la alianza del Papa ~~XXX~~ y Luis XII de Francia, deciden enviar a Gonzalo por segunda vez a dicho país, y efectivamente, en junio de 1500, con buen número de hombres y pertrechos, sale del puerto de Málaga y, después de detenerse unos días en Cagliari, Cerdeña, desembarca en Mesina en el mes de julio siguiente. Es en esta época cuando realiza sus más brillantes campañas: Barletta, Ceriñola, Gaeta, Garellano. Momento cenital del Gran Capitán, cuya fama se va extendiendo por Europa. Pero también culminación de la crisis de recelos, suspicacias y envidias del rey Fernando, quien, a pesar de las constantes protestas de lealtad de Gonzalo y de comprobar directamente el prestigio, la popularidad y el cariño de que éste gozaba en Nápoles a donde el monarca hizo por entonces una visita, consigue que el Gran Capitán vuelva de nuevo a España, y en España, tras de negársele el Maestrazgo de la Orden de Santiago que le había sido prometido por el propio don Fernando, y tras de verse relegado poco a poco a un segundo término en los negocios de la corte, él que había sido virrey de Nápoles y conquistado por dos veces este reino por decisión de sus reyes, tuvo que pasar incluso por el doloroso trance de ver arrasarse su viejo castillo de Montilla, donde había transcurrido su infancia, por orden del rey, que para ello tomó ~~XXXX~~ pretexto en un motín encabezado por unos sobrinos de Gonzalo. De nada sirvieron las súplicas del de Córdoba ni las de los principales nobles del reino que eran sus amigos. Ni rastro quedó de los viejos muros, y aquél que había salido de ellos un día para dar mayor gloria a su país, se confinó en Loja, ciudad del reino de Granada, cuya alcaidía aceptó, no sin que también se le pusieran inconvenientes, y en aquella alcazaba que se mira en el Genil y adonde veintidós años antes se había entrevistado con su amigo el rey moro

augra
vicia

suavemente
curviva { Boabdil para convenir la rendición de la ciudad a la que ponían cerco
los cristianos, pasó, entristecido y desengañado, sus últimos años, hasta
que, en el de 1515, es decir, a los 62 de edad, murió en Granada.



~~As~~

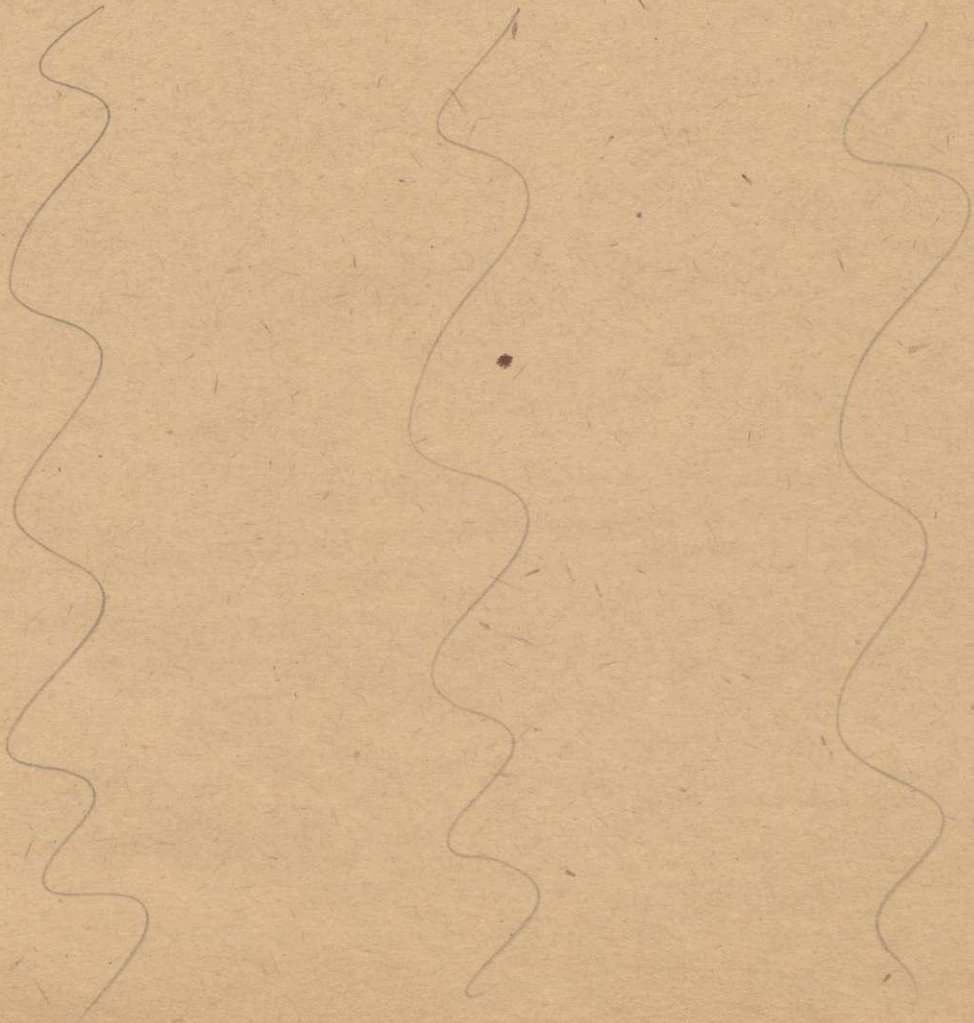
~~Confesión~~

Habla un castillo ~~en un momento~~

Nunca tuvimos los castillos lengua. Ni los cisnes facultad para la canción. Unos y otros servimos siempre, dentro del mayor silencio, para defender un feudo, un linaje; para decorar un estanque, un jardín. Cisnes y castillos, no obstante, hemos solido dejar en la agonía extrañas confesiones, a veces sonoras, a veces mudas. Una de estas confesiones es la que trato de llevar a ti, viajero de la historia. Mi propia confesión. La palabra de un castillo que, antes de morir, quiere salir al exterior, como un grito humano, que acaso no recojan las crónicas del tiempo, los relatos testimoniales, ni siquiera los futuros historiadores. Vas a asistir, en esta narración, al desarrollo de la vida de un héroe. Advierte, sin embargo, aunque te parezca paradójico, que no está en ello el valor, la trascendencia, de la misma. La vida--la historia--no es otra cosa que una sucesión y, a la vez, un entrecruzamiento, de símbolos. Esta simbología, perfectamente razonable, explicable, es la que hace que algunas imaginaciones se desboquen, creyendo hallar hitos luminosos donde sólo hay, a lo sumo, oscuridad. Aun la propia vida material del hombre--la otra, la del espíritu, es siempre un anhelo o, cuando más, una consecuencia angustiada de la primera--nos demuestra que el símbolo vive rodeándola o conduciéndola. Por una razón: porque cada expresión que de esa vida nace es un reflejo de otra. De otra, que es, a su vez, eco de una tercera, o de una cuarta, o del infinito. Y porque todas juntas palpitan en una unidad tan cerrada, aunque tan maravillosamente diferenciadora, que es imposible evitar el tropiezo, la identificación...el símbolo.

Aquí, te decía, vas a presenciar el discurrir de una vida heroica. Pero es preciso que, antes, mires, con toda tu capacidad de atención, la silueta de este castillo que ahora te habla. Dentro de él--dentro de mí--va a nacer un hombre extraordinario. Y, desde ese momento, piedra y hombre--yo y mi habitante--tendrán un mismo destino. No trato de hacer literatura: ya es bastante

que hable con la lengua vulgar de las gentes sencillas. En los histórico, uno y otro representaremos el fin de una edad, de una etapa social, y el comienzo de otra; en lo humano, el sentimiento acendrado de la lealtad, escarnecido con la moneda de la injusticia. Quizá, de ambas cosas, la segunda sea tan irremediable, tan inevitable, como la primera. Pero eso, precisamente, acentúa el carácter simbólico que lleva dentro. Nunca la cuna de un hombre se enlazó tan estrechamente a la vida que en ella se mecía. Nunca la historia deparará un paralelo de tanta significación. Aguza tu mirada, viajero amigo. No olvides estos muros. Es posible que, al final del camino--de este camino que ahora emprendes--, su recuerdo te dé la clave de una vida, de la que posiblemente sólo verá la historia su ángulo radiante, espectacular.



Intermedio Donde discurre un río

El Genil nace en unas quebraduras de Sierra Nevada. Apenas da señales de vida después de su nacimiento. Le sucede lo mismo que a otros veneros de agua que surten a Granada o la adormecen con su canción. En Granada el agua se siente, pero no se ve: es "agua oculta que llora". ^{Mas} ~~pero~~, al llegar a Loja, el Genil crece y madura. Y, al salir de sus "Infiernos", de los "Infiernos" de Loja, es ya un río mayor, todo un señor río, casi tan señor como el caudaloso padre, el de los verdes ramos, a donde va a descansar, por Palma.

El niño que en Granada balbucea sílabas de espuma, en Loja sabe ya engarzar palabras de razón. Incluso se atreve a formar con ellas graves meditaciones. Por sus orillas, como por húmedos siglos, ha vagado caravanas de pueblos, legiones de lenguas distintas. Han pasado, pastoreando, los iberos, o sonando sus ambiciones los mercaderes de Fenicia, o dejando la huella de su sandalia los pretores de Roma. Y también han dejado caer en ellas sus collares de versos los poetas de Al-Andalus. ¡Cómo sonaba la música de esta poesía sobre el agua, ~~como~~ ^{un árabe andaluz,} en la sombra perfumada; "El cuello del río estaba antes desnudo; mas ahora, en la tiniebla de la noche, está lleno de alhajas"...-^{decía} un moro sensual, embriagado del licor ^{de la tierra} ~~andalusí~~. Pero ya todo eso ^(Vinieron tiempos de llanto. La espada y el duelo.) está lejos. Se apagaron las kasidas dulces, y volvió el trueno de los caballos de guerra. ^(pocos años atrás) Por estas riberas, el sosiego ^{tenia} ~~tenia~~ color de sangre; el silencio, gritos de combate. Jinetes como centellas rojas cruzaban, se perdían en los remolinos de las polvaredas. Hombres de hierro estrangulaban los tallos esbeltos, talaban las pensativas oliveras, ^{destruyaban} ~~rompían~~ los panes maduros. El Genil los conoce. El Genil duerme o medita. Sueña. Y habla, en su soliloquio, de extraños destinos. Conoce a los soldados y a sus caudillos. ^{Ha visto} ~~re~~ reflejarse en su cristal las armas, ^{ha} ~~bebe~~ la sangre de las heridas, y sigue su sueño o su monólogo íntimo, que al fin es una misma cosa. El Genil conoce a este capitán acerado y tierno que, en la mañana olorosa, ^{bajando de Granada a Loja,} ~~en un breve descanso,~~ llega has-

ta su borde, ^{en} buscar ^{de} la ^{brisa} suave, ~~de~~. Lo ve, un momento, mirarse en sus ~~aguas,~~ ~~ta~~, pasarse la mano por el rostro sudoroso y suspirar muy quedo. Luego, cuando se aleja, ^{el Genil} dice o canta para sus adentros:

-No, no sabes quién soy. Y, ¿para qué? Es lo mismo. Hay tantos destinos enlazados que no llegan a conocerse nunca. Yo sí sé de ti. Sé de ti, desde tus años candorosos. ¿Recuerdas el Salado? ¿Recuerdas aquel riachuelo tímido, como arroyo de lluvia, que pasa cerca de Montilla? Él me lo ha contado todo. Aquel riachuelo ~~vi~~ viene a morir a mis brazos. Cuántas cosas tuyas me ha confesado en ellos, en la agonía. Cuántas ilusiones de tu vida me han llegado por ese camino. Pero yo sé más que el tímido Salado. Yo sabía que tú vendrías, alguna vez, a mí. Que vendrías para no irte, aunque te alejes, aunque te alejen, como ^a las nubes, los vientos. Porque los hombres también desembocan en los ríos. O en el mar. Los hombres son ríos que necesitan del mar-del agua eterna-para descargar su muerte. Para inmortalizar su vida. Yo sabía, cuando te ví por vez primera, que habías dado, al fin, con tu destino. Por eso no me sorprendí. Yo soy tu destino. Sé que te reirías, si me oyeras. El hombre comprende pocas veces la palabra de los ríos. Y hay tanta verdad en su misterio, en el misterio de su larga agonía. Yo soy tu destino. Aquí, junto a mí, ~~no~~ empezaste a apagar tu sed, a romper las cárceles que aprisionaban tu nombre. Aquí ~~no~~ comenzaste a echar cuerpo radiante tu ambición. Aquí, en el Genil, en las orillas de este río que ahora te habla. ¿Crees que podrás olvidarte de él? Se olvidan las cosas, pero no se pierden: el olvido no es sino una forma apagada de la memoria. ¿Crees que podrás huir de mí para siempre? Las estrellas no mienten, has dicho tú, alguna vez. Pues bien, las estrellas bajan a mí en cuanto salen; duermo con ellas, me cuenta sus secretos. Yo sé el secreto de las estrellas. ^{En Granada} ~~una~~ pisaste un escalón ~~un~~ ^{Más alto.} muy alto. ^(En Italia, otro más alto aún.) Qué gozo siento al pronunciar y al repetir estas palabras. Muy alto. Es posible, incluso, que alcances el sol. Quién sabe si otro río aguardará tus horas de plenitud, como yo he esperado las que ahora se desgranán. Pero no lo olvides: volverás a mí. Aquí está todo lo que tú has amado sin que ningún resentimiento enturbiara tu corazón. El destino, cuando no se malogra, es como una curva que hay que recorrer y vencer. Yo soy el comienzo y el final...

Diálogo, entre un río y un castillo

La noche. El río. En una curva, el agua se aquieta, se adensa. Se estremece bajo las miradas frías de los luceros.

Avanzando por los campos--por los campos de Aguilar, de La Puente--baja de Montilla una sombra: la sombra de un castillo. El castillo de Montilla y el Genil--el río arábigoandaluz--tienen algo que decirse. Se miran, se contemplan. Luego, se ponen a hablar.

El río.--Pareces muy cambiado. De no hablarme, no te hubiera conocido.

El castillo.--Sí. Antes era un castillo, ~~una roca~~, una piedra segura. Ahora soy una sombra, una piedra en el viento, un castillo en el aire.

El río.--Todo tiene sus compensaciones. Tú pasas, pero quedas. Quedas en el recuerdo, en el polvo de la tierra. Yo paso para siempre. Ni siquiera mi recuerdo permanece. Una onda viene empujando a otra onda, una muerte a otra muerte. Yo soy un conjunto de muertes con un solo instante de vida.

El castillo.--¿Y quién no es así? El recuerdo... ¡Valiente herencia! Más vale no recordar. Poder recordar supone morir dos veces, y no lo contrario.

El río.--Yo sentí junto a mis orillas el palpitar de una vida extraordinaria, de una vida dotada para las grandes hazañas, que llevó a otras tierras las ambiciones de la nuestra, logró vencer a famosos caudillos, atraerse la amistad y la admiración de pontífices y reyes, y que ahora, cuando ya se va acercando a la vejez, los resentimientos, las envidias, los temores, taimadamente unas veces, sin rebozo otras, la obligan a permanecer alejada de los grandes sucesos del reino, como una forma de humillación. Es la eterna cuestión de siempre: pagar con la ingratitud la lealtad mil veces demostrada, la generosidad nunca desmentida...

El castillo.--Más aún he visto yo. Esa vida que a ti te conmueve nació entre mis piedras, se acunó en mis brazos. Yo supe de sus primeros sueños, de sus prime-

ras tentativas de lucha en los episodios de la vida fronteriza. Yo acogía a su dueño, al dueño de esa vida, y lo agasajaba cada vez que volvía de la corte de don Alonso o de doña Isabel; cada vez también que, maltrecho o en difícil trance, llegaba hasta mis aposentos. Pero ahora ni lamentar puedo las mudanzas que el tiempo trae. ¿Qué puede decir un fantasma? Ni aunque pudiera, ¿de qué serviría?

El río.-Todo, si lo piensas bien, es fantasmal en la vida. Visión incierta y engañosa no pocas veces. Las cosas pasan y después no sabes si son como tú creías verlas o como la realidad las dispone. Pero eso no es más que un fenómeno pasajero. Yo sé que tú ya no eres nada. Apenas la sombra de una lágrima, el espectro de una ruina. Pero sobre espectros y sombras se asienta la historia, y tú eres eso, historia, historia inerte, testimonio ya inválido de las grandezas y miserias del hombre.

El castillo.-Sí, tanto tú como yo somos la imagen exacta de la existencia humana. Un momento de luz, una eternidad de tinieblas. Tú eres un permanente fugitivo. Tus aguas huyen como de sí mismas. Las que ahora dialogan conmigo no volverán a ser jamás las que han sido. Pero ni siquiera tú y yo somos los únicos que desaparecemos. Es algo más impalpable aún. Más impalpable y más trascendente. Fugit irreparabile tempus, que dijo el latino.

El río.-~~Tú~~ Adiós. Tus palabras, además de entristecerme, van entrando poco a poco en el reino de la vulgaridad, de lo demasiado sabido. ¿Quién lo ignora? Nadie escapa a su destino. Ni siquiera nuestro héroe, que parecía prohijado por la gloria y se ve abandonado por ella.

El castillo.-La gloria es otro fantasma. Acaso el mayor de todos. Adiós. Hasta nunca. El viento empieza a llevarse este repugnante polvo en que me he convertido...

El río.-Y a mí vienen a desplazarme las ondas que hace poco estaban lejanas. Hermano, buena suerte. Es un cumplido, aunque parezca unaburla. Dejaste de existir. A mí, el mar me espera. Y ya sabes lo que del mar ~~xxx~~ ha dicho otro poeta, también glorioso guerrero como nuestro señor y amigo...